

Al caer la noche, hasta la madrugada, los piños de ganado se arrastran con dolorosa lentitud camino del Madero, alborotando al trasponer la anchurosa puerta pintada de color sangre de toro los enjambres de moscas golosas que infectan el barrio.

En la calle, delante de las casas tristonas que miran pasar al transeúnte con la pupila sin luz abierta al comienzo de los oscuros zaguanes; arrellanados en destartalados sillones de mimbre, en cuclillas al borde de las aceras o sobre pisos de totora, el vecindario —la gente de orden, sesuda, grave— rumorea sus historias con una vocecita morderrosa, que lija el silencio de las noches como el croar de los sapos en la paz de las veladas campesinas.

En el fondo plano, las chimeneas de las fábricas enlutan el cielo con sus muñones de humo espeso, rebeldes al viento que esparce los miasmas del Zanjón de la Aguada.

Gente quitada de bulla, apacible, con su "yo le dije" y "él me dijo"; entre suspiros de resignación y exclamaciones llenas de bravuconería falsa, sacan a relucir las eternas incidencias de vecindad, en las que juegan papel preponderante los mayordomos de conventillo, el paco abusivo, la comadre enredosa, el despachero rapaz, la hembra casquivana que anda haciéndole ojitos al marido de alguna pobre mujer cargada de chicos, sostenidos sólo a expensas del trabajo del taita.

Los niños, ¡qué fastidio!

Como las chinches, como las moscas, en esas calles abandonadas y bostezadoras, las criaturas se multiplican con una abundancia prodigiosa, atroz.

El Primero Carrasco, un hombrón gordo y bonachón, sargento jubilado de la antigua policía, de esa policía de los azules, que él recuerda con una emoción engrandecida

por el tiempo y la nostalgia, exclama, cuando se habla de los niños y del problema de la natalidad:

—Las noches largas y las velas caras, comadre: usted sabe el dicho del huaso...

Solterón, como un buen don Juan pretérito, campechano, perezoso y de corazón compasivo, don Carrasco, como lo llaman sus amistades, ceñido el corpachón basto por una camiseta de algodón que no cambia ni en las noches frías del invierno, irrumpe, después de comer, en el grupo de las comadres, y con una quietud de gato castrado, fumando un cigarrillo tras otro, nostálgicamente, despunta sus anécdotas.

Hombre servicial, disciplinado en la abnegación, don Carrasco acude a los velorios con el mismo desinterés con que pone a raya a los hombres que abusan de la debilidad femenina. Al dorso de antiguos triunfos que agotaron su existencia galante, marginando una vida que fuera activa y bien trabajada, don Carrasco conserva, como un hábito, su inclinación a la mujer. Comadrero, trajinando entre faldas que le recuerdan días gloriosos, de sus andanzas por el barrio coge una cantidad fabulosa de noticias, que son la gacetilla viviente del conventillo.

—Si no sabrá uno lo que sucede, después que ha servido treinta años en la policía—soslaya, a manera de excusa, don Carrasco, cuando alguna de sus admiradoras celebra burlonamente sus primicias reporteriles.

Oráculo y guía, el Primero Carrasco goza de una situación espectable no discutida entre matarifes y abasteros.

Paco cuartino y sargento, al final de la carrera laboriosamente trabajada, Carrasco, con su verba abundosa y pintoresca, recuerda las historias bizarras del Huaso Gómez, de don Santiago Melo, de los hermanos Castro, de don Abelardo Velásquez.

—¡Esos eran hombres! Mi Comisario Gómez, don Abelardo y el viejito Melo sabían lo que es topiadura y cueca. Bien secos en el servicio, en la cancha había que verlos con la manta maipina, su montura chilena y las botas de cuero de chanco, con más flecos y zarandajas que las del más acampao de los guasos—balbucía, tristón, el gordo don Manuel, relamiéndose los labios.

Epopeya en su vida humilde de servidor público, don Carrasco no olvidaba la ocasión en que el Comisario Velásquez, campechano y generoso, le alargó uno de los fenomenales cigarros de hoja que fumaba habitualmente.

—Viejito entallado—suspiraba el Primero, paladeando lentamente el humo acre del "fuñingue" que colgaba eternamente de entre sus labios de hombre desenfocado de la actualidad.

Imaginativo, elocuente a veces, don Carrasco sabía colorear las historias que como disco de gramófono repetía noche a noche.

Peñañiel, con sus malayas y su mosto; el Cura León Prado, politiquero y varonil; las calaveradas del "tuerto" y las encerronas de los caballeros que venían a perder la seriedad entre las faldas de las "chinas" cuadrinas, como él llamaba a las mujeres que poblaron las antiguas chinganas del barrio, eran su tema favorito, su obsesión de vividor rezagado.

—Los futres; diputados, senadores, y hasta ministros, eran todos amigos de don Carlos, mi Comisario. Si se propasaban, había que hacerse el leso con el parte, y recibir el obsequio; porque, eso sí, ellos nunca dejaban el agradecimiento a un lado, les aseguro—exclamaba, entusiasmándose hasta confesar pequeñas debilidades, que justificaba con lo exiguo del sueldo y la necesidad de cubrir sus compromisos de niño diablo y suertudo con las mujeres.

—Eran otros tiempos—suspira una mujercita fea, de vientre prominente.

—Y otros los hombres—agrega el de más allá, con voz lamentosa.

Frente a la realidad gris, desolada y sin esperanza, los pobres acariciaban la ilusión del pasado mejor, que amplía su fatalismo, su mansedumbre, su resignación.

Barrio tabernario, entre burdeles infectos y conventillos, una o dos veces por semana, el pobrerío recibía la visita de los misioneros del Ejército de Salvación. Gente animosa y de buena voluntad, trataban de atraer oyentes mediante un violín que rascaban entre salmodias y plegarias, en las esquinas más populosas.

Un anarquista de la vecindad increpó una tarde a uno de los misioneros, diciéndole que era un impostor, enemigo del proletariado. La gente rodeó al orador, un muchacho famélico, destrozado, pero inteligente y persuasivo. Se formó un tumulto, y entre vítores al defensor del pueblo e imprecaciones, los predicadores tuvieron que emprender la retirada a paso largo.

Gente no menos animosa y llena de buena voluntad solía aparecer de tarde en tarde por la barriada; se entra-

ba a los conventillos y pregúntalo todo, armaban casorios y bautizos a destajo.

—Una cosa encantadora—ironizó el anarquista, tratando de infiltrarles a los vecinos las teorías de un tal Malthus, que nadie pudo entender.

Gente fatalista, hacinada en montones informes, los hombres, que en sus cabales eran respetuosos, cuando se emborrachaban remataban la fiesta con un alarde de virilidad brutal.

—La eterna candinga—gilimotea una comadre—, tiran la plata a manos llenas, con otras mujeres, y para una, que es la mujer propia, son los malos modos, las enfermedades y los hijos, ¡un pecado que no tiene perdón de Dios!

—Y contimás que hay badulaques que después de la siembra se arriman a la primera diabla que hallan a mano, sin ninguna consideración—exclama, indignada, una señora mayor.

Lento y pegajoso, el bisbiseo del vecindario insomne se escurre entre la algarabía de los burdeles que llagan el barrio y el estrépito de los muchachos que, en un rincón de la calle, simulan un reñido combate entre policías y bandoleros.

Prolíficas y resignadas, con la indiferencia con que ven pasar los piños de animales camino del Matadero, las madres contemplan el espectáculo de la noche arrabalera, con mirada triste y silenciosa.

Ajado el seno, aferradas a ese fatalismo que indigna al vecino anarquista, las pobres piensan que a los hijos los manda Dios y no hay más que hacer.

—Se mueren como moscas los pobres angelitos, y para qué tanta nombrá contra la familia—arguye la señora veterana, con su filosofía trágica.

Fiesta popular con rasgueo de guitarra y libaciones, la muerte que les arranca el crío de entre los brazos, carece de luctuosidad.

Simple episodio, circulando como un jubileo liberador, de puerta en puerta, los vecinos se dan cita para festejar al angelito que dejó de sufrir. Corros de curiosos se apretujan alrededor del carrito blanco que se los lleva una mañana, y entre el deslumbramiento que les producen las coronas mustias y los caballos engualdrapados, no falta quien envidie al taita de la criatura, en ese minuto de popularidad que los fotógrafos del cementerio estampan en el clisé.

Los más pobres, de madrugada, cuando no hay fotó-

grafos ni curiosos en las calles, cargan a hombro el ataúd pequeño y despintado, y fumando, en silencio, cruzan el barrio dormido. Algún trasnochador, una beata madrugadora, las cabareteras que regresan al hogar y los policías, acompañan con una mirada melancólica o una jaculatoria a la caravana trágica y soñolienta.

—Dios se acordó del pobrecito, mejor así — gilimotean las mujeres ante el aletazo frío que las arranca del regazo al chico balbuciente.

Don Carrasco, cuando apunta el tema en medio de la conversación, asume una postura grave, solemne. Mira hacia el fondo de la calle las luces parpadeantes que alumbran la puerta de los burdeles sórdidos por donde se escurren unos hombres tambaleantes y desmedrados, y cuando se hace el silencio que él aguarda para opinar, exclama dubitativo, lleno de comprensión:

—Para criar vagos, ladrones, patichuecos...

Y sin completar la frase, lanza un bostezo melancólico, cansino.

Unas estrellas grandotas, unas estrellas curiosas resplandecen encima del suburbio; se reflejan en la superficie turbia de los charcos, arrancan vislumbres de pedrería a los trozos de lata esparcidos en medio de la calleja que huele a carbón de piedra, a estiércol y a huesos quemados.

Los vacunos, entre remolinos de polvo y sombras, se arrastran pesadamente a lo largo de la calzada. Gacha la cerviz, el olor a sangre fresca que rezuma la barriada los enloquece y braman, enristran la cornamenta. retroceden las grupas temblorosas, babeantes. Al grito del capataz, cuyo caballejo las empuja al sacrificio, las pobres bestias cruzan el portón y se pierden en la silenciosa obscuridad de la noche.

La noche tibia y cordial esponja las voces que surgen del hueco obscuro de las puertas conventilleras, y se mezcla con el grito aguardentoso de los borrachos, el bordoneo de las guitarras, el vagozoso trepidar de la vida.

En lo alto de un paredón de adobes, el nombre de la calle resplandece sobre la placa de metal que fijó la autoridad edilicia para distinguirla en el plano:

**Placer.**

## II

Con el canto de los gallos, mientras el padre lavaba tripas en la sección de los vacunos, el Perucho lanzó un chillido formidable, incorporándose, sin más preámbulos, a la vida tumultuosa de la calle Placer. Arteria palpitante, entre usinas y tugurios, las casas chatas asilaban un mundo extraño y pintoresco de pobres obreros y prostitutas; de delincuentes de ínfima categoría y empleaditos de comercio; de jubilados achacosos a los que el encarecimiento de la vida iba relegando al suburbio, donde la niña venida a menos ponía una nota de distinción triste cuando al caer la tarde se exhibía en el marco de la ventana penumbrosa con su cara rtaquillada y lamentable.

Cuando después del mediodía apareció el taita luciendo su camiseta pintada de sangre y manchas de sudor, no quedaba nada por hacer.

Solicita, incansable para asistir al pobrerío en sus miserias, misiá Rosalba se encaró con el mocetón y, entre suspiros y aspavientos, fué explicándole cómo se realizó la cosa:

—Le refregué la estampita de San Cayetano y ey no más, sin dilatarse ni un Jesús, calmaos los dolores, salió el chiquillo, tamaño e gordo, alaraquiento. ¡Una bendición de Dios, ricurita!—exclamó gozosa doña Rosalba, sin apartarse de la cabecera de la cama, donde exangüe, reposando entre un montón de trapos, yacía la parturiente, cerrados los ojos.

Nubarradas de moscas zumbaban en el cuarto, repleto de tachos sucios. Con la colilla del cigarro apretada entre los labios, cejijunto y silencioso, el hombre contempló al recién llegado, sin atreverse a tocarlo, como si temiera dañar el cuerpecito menudo y tembloroso de la criatura con el contacto de sus manazas ensangrentadas en la faena ruin.

—Perucho — rumió, sin dar ninguna explicación acerca del bautizo laico, que en él parecía responder a un plan largamente meditado.

Habituado a revolver las vísceras de la res sacrificada, la visión de esa piltrafa palpitante y roja pareció asquearlo.

—¿No me le dice ná al guaina, vecino? — interrogó

doña Rosalba, fijando en el rostro taciturno del taita una mirada de abuela bondadosa, en la que vagaba como la sombra de un despecho, un tinte obscuro.

¿El guaina, qué? Producto de la vida, la criatura que llegaba sin la marraqueta de la leyenda debajo del brazo, era una complicación más, una carga dentro del presupuesto exiguo.

Alto, recio, los brazos cruzados sobre el tórax poderoso y velludo, luchando con los sentimientos más contradictorios, el pobre esquivó la respuesta, desviándose a lo largo del riel torcido de su elocuencia en una serie de elogios que dirigió a misiá Rosalba, la vieja de "corazón grandazo", que en la buena y en la mala hora sabía ser la amiga fiel y abnegada de los pobres.

—Si no es para tanto, vecino; se hace lo que se puede; no "desajere" — se escabulló la improvisada comadrona aventando con un periódico viejo el mosquerío que revoloteaba en torno al lecho.

En un rincón del cuarto borboteaba la olla de caldo. El taita agregó unos trozos de carne al agua deslavada; arrió el piso de totora junto al fuego y ovillándose junto al calor de las brasas, la cabeza entre las manos, se quedó pensativo.

Perucho, el guaina...

Como se escupe una alegría o un mal pensamiento, esputó el tabaco amargo en un salivazo que chirrió al caer sobre el rescoldo.

En su oído, la respiración entrecortada de la enferma, el crepitar de la olla, los quejidos vagarosos del chico, el zumbido incesante de las moscas iban resbalando con una amplitud extraña, entontecedora.

Hijo del conventillo, del montón, Alamiro González, el taita, vió cómo llegaron sus hermanos, uno detrás del otro, cinco, seis. Esos chicos no venían de París, y tallados en carne tosca, cada cual fué creando un problema, una necesidad que malhumoró al padre.

—En fin, Señor, qué hacerle — suspiró el taita, descabezando un cigarro con lentitud.

Cabe al muro, apoyó la espalda ancha contra la superficie caliza, y con ese fatalismo criollo, ciego e incontrolable, con ese instinto de la bestia procreadora lleno de mansedumbre, cerró los ojos, y aletargado por el calorcillo que despedía el fuego, se durmió sin saber cómo.

En los cuartos de la vecindad, en la calle, el suceso pasó inadvertido.

Un chico, ¿para qué tanto embrollo? . . .

Nacían tantos; se morían después a montones, y la vida, igual, seguía resonando con su acompasado tic-tac de reloj; eso era todo.

### III

Para no agraviar a doña Rosalba, que odiaba a los chiquillos "moros" como al mismísimo pecado mortal, don Ala, el taita, buen creyente, pero no observante, por escasez de tiempo y desidia, hizo que el chico recibiera en la cabecita de rulo ancestral el agua que adecenta el alma de los mortales, y los acondiciona para ir garabateando la página en blanco donde la Santa Madre Iglesia estampa el recuento minucioso de las buenas y las malas obras.

—¡Compadrito, por Dios!

—¡Un abrazo, comadre!

En el cuarto, solos los padres y los compadres, libaron unas copas de tinto para celebrar el parentesco que los ligaba, y ahí no más, despojándolo del trajecito fiestero, — obsequio de don Floridor, cónyuge de la madrina, — el Perucho tuvo que comenzar la existencia resignada y anónima en cuya grisosidad sin matices ni relieves, las criaturas pierden la noción del tiempo y sus contornos.

Anidalado en un cajón vinero, entre trapos y un viejo pañolón, el pobre vivió unos días terriblemente iguales de opresión y anonadamiento. De tarde en tarde, mientras los padres afrontaban el penoso trabajo diario, las chicas de los cuartos vecinos venían a divertirlo, a entretenerse con él. Mimosas, con sus arrumacos y besuqueos de madrecitas en barbecho, lo aupaban en alto, lavaban sus intimidades, cambiándose miraditas maliciosas al descubrir el sexo; y si el hambre apuraba demasiado, lo hacían ingerir grandes dosis de agüitas calientes.

Un día, siguiendo el consejo de un practicante, lo "envacuaron", y tuvo fiebre y un escozor desesperante.

En los días de sol, arrastraban la cuna tosca hasta el umbral de la puerta que daba al patio del conventillo; un patio largo, angosto, por el centro del cual corría una acequia a

tajo abierto; una acequia pestilente, que arrastraba los desperdicios de los cuartos y el agua servida de los lavaderos.

El paisaje, por regla general, no lograba divertir al Perucho. Pesados los párpados, miraba largamente las piezas de ropa puestas a secar: enaguas, faldas, camisones de señora muy holgados bailoteaban entre las cuerdas, inflándose, cobrando forma de animales fabulosos, de elefantes estrangulados, de globos cautivos. Las mujeres, enclaustradas delante de las artesas que vagueaban, exhalando un tufo de jabón bruto aceitoso y desagradable, el pucho entre los labios y las cabelleras despeinadas, chillaban sin cesar, profiriendo indecencias o propalando esos chismes que envenenaban la vida del conventillo.

Compadecidas de la soledad del niño tan dejado de la mano de Dios, alguna comadre se llegaba hasta él y lo abrumaba con sus gritos y caricias.

¡Perucho, el Perucho! Medio como la mascota cuartelaria o la diversión de la casa de vecindad, el sobrenombre echó raíces muy profundas entre el vecindario humilde.

Y el Perucho, ajeno a los múltiples incidentes de la vida cotidiana, sobreviviendo a las epidemias que, entrándose por la ancha y desgarnecida puerta del conventillo, diezaban a las criaturas, se mantuvo firme e invulnerable en su tozudo afán de vivir.

Sano y ligeramente obeso, entre diente y diente, con la precocidad peculiar de los chicos que se crían solos, de la gente que regula sus horas por el urgente llamado del pito de la fábrica, el Perucho, un buen día, se lanzó fuera del cajón vinero y anduvo a gatas por el cuarto solitario, luciendo su trasero sucio con una impudicia atroz.

Para el renacuajo explorador, el cuarto, con sus cachivaches emboscados en la penumbra, sus sinuosidades, sus escondrijos, encerraba inmensas sorpresas, misterios profundos y complicados.

—Chiquillo e moledera, no más — imprecaba la mami-ta, y hasta alguna vez le dijeron una procacidad para contener sus ímpetus.

Solitario e insignificante espectador de la vida, que estampa al pasar unos trazos imperceptibles ampliados por el tiempo, el Perucho, como perrito sin amo, fué siguiendo la huella que el instinto le señalaba.

Montaraz, torpe, quemándose los dedos en las brasas, mordidoselos entre la juntura de la puerta, a cabezazos,

rodando muchos veces, aprendió una porción de cosas, entre ellas, a sostenerse sobre los pies.

Como el tata cuando regresaba de sus "tomas", al comienzo caminaba con lentitud, cautelosamente, con unos pasitos de pato un poco ridículos y unos contoneos de barriga risibles. Pero no se dejó vencer por el miedo ni por la hilaridad que despertaba su presencia, y en un descuido cualquiera se llegó hasta la cequiecita que tajaba el patio del conventillo con su cauce cenagoso.

Océano en miniatura, abismo jabonoso para su imaginación precaria, lo cogieron al borde de la canal, y como no hay alegría perdurable, dieron con él en el cuarto, donde se aburría espantosamente.

Una de las primeras noches que durmió en su pallasa de grande, el Perucho se despertó en medio de una batahola extraña. Filando entre los resplandores de la vela que proyectaba sombras extrañas en la pared, divisó la ancha silueta de misiá Rosalba que daba órdenes y agitaba los brazos presa de una exaltación terrible. Un grito de gato nuevo tremoló en el aire al tiempo de dormirse.

Picando en medio de las imágenes que vió titilar en el aturdimiento de la noche, se despertó con el alba, un si es no exaltado y curioso.

—Un hermanito, Perucho.

Por misiá Rosalba se enteró que tenía un hermanito con el que podía "travesear".

Falto de medios de expresión, el Perucho guardó silencio.

Pero Davicito, el segundón minúsculo y quejumbroso, como un hito alzado en medio de la existencia, bifurcó sus días hacia campos más anchos.

Casi libre, sus correrías se prolongaron hasta la letrina, el pilón del agua y los lavaderos, que utilizó sucesivamente como escondrijo y fortaleza.

Buen hombre, taita Alamiro no era amable ni locuaz. Su camiseta, teñida de sangre, le causaba al chico un temor invencible.

Alto, sólido, endurecido en la faena agotadora. hablaba y accionaba con una violencia desbordante, áspera.

Mamita se quejó de su deslealtad de marido y anunció cosas terribles si continuaba en sus enredos con la mujer del tonto de la verdulería.

Chismes, habladurías, pidió que le guardaran el secreto, como siempre.

Con el horizonte cortado por la puerta color sangre de toro del Cuadro, la pieza estrecha, los chiquillos, la mujer que con la maternidad comenzaba a deformarse, a manchársele el rostro de paños amarillentos, exasperaban la juventud del muchacho, que se casó joven y a ciegas.

Para ahogar el malhumor, se iba de correría con los amigos, burlando a la pobre doña Fidelia, que se daba unos plantones terribles los días de pago, para defender los pesitos del despilfarro vinoso.

En sus rarísimas horas de arrepentimiento, barajaba alguna excusa torpe:

—Para lo que uno gana, qué más da — decía.

Alegre y cínico, otras veces, acariciaba a la negra, prometiéndole comprarle un piano y muebles elegantes cuando fuese rico.

Mohino y a mal traer después de la trapisonda que encalmaba sus nervios, se iba a la puerta, y entre bostezos y cigarrillos, se quedaba mirando la calle con una perplejidad extraña.

El Primero Carrasco, con un ojo certero, "lauchaba" al hombre en sus éxodos tambaleantes para evitar algún desmán que él presentía desde muy lejos.

Pero don Carrasco solía no estar presente, y el taita hacía de las suyas.

Indistintamente, al chico o a la mujer, cuando don Ala los zurraba, lo hacía a conciencia, aparatosamente, con una repugnante técnica profesional. Desabrochándose el cinturón, primero; subiéndose en seguida las mangas de la camiseta, blandía el látigo en un revoleo de ensayo: "ggiis", "ggiiss"; zumbaba la disciplina, cortando el aire como un puñal afilado.

Ración hebdomadaria que, sin causa justificada, repartía el taita. El Perucho aullaba de dolor; un dolor humillante, espantoso.

—Tata, tata; no más, tatita.

Ciego y desesperado, él no podía vociferar como su madre, ni hacer como ella, que, después de las palizas, se revolcaba con su hombre como una culebra domesticada.

—Mi negra linda.

—Cierto, bien suya.

Era absurdo y grotesco.

Enfebrecido por el picotazo de las chinches, por el calor lleno de exhalaciones turbias, el Perucho se dormía tarde esas noches y soñaba cosas sin sentido, cosas terribles. . .

## IV

¡Saltar el barranco; huir! El sueño de los oprimidos, de los hostigados por la vida.

Cuando estuvo en situación de salvar de un brinco, limpiamente, la cequiecita que tajaba el patio del conventillo, el corazón del Perucho, simple y fuerte como el corazón de un reloj ordinario, se inundó de gozo vital; un goce exultante y disparatado que le infundió una clara noción de fortaleza, de seguridad en sí mismo, de superioridad conquistada a cabezazos.

Chiquillo habituado a barajarse solo, a desentrañar sin ayuda de nadie los secretos del mundillo a cuyo alrededor giraba su existencia un tanto sombría y dura, esa canal pestilente por donde se escurrían como una costra viscosa las aguas de dudosa procedencia, adquirió dimensiones extraordinarias para el vencedor que, erguido sobre sus pies descalzos, contemplaba del otro lado de la raya el fracaso de los chicos que intentaron imitar su ejemplo.

¡Cuántos ensayos para llegar a la meta, y cuántos porrazos! Pero llegó.

Más que un juego, aquello constituía una revancha, una constatación, una promesa de libertad reafirmada en el poder de sus músculos ya elásticos y vigorosos.

Hasta el "Patatas de Alicate", un chico mayor que él, jactancioso y amatonado, reconoció la victoria, contentándose, entre medias palabras, con observar al vencedor desde su atalaya de frustrado.

—Puchas diego con el Perucho — refunfuñó, rencorosa la mirada, rascándose la pelamibrera alborotada.

Hijo del matarife en cuya cuadrilla trabajaba Alamiro González, la hazaña del hombrecito que él miraba un poco por debajo del hombro, como una representación de la inferioridad del padre con respecto al suyo, hirió al muchacho en su amor propio.

Ponderado, casi respetuoso, el saltarín, desde esa ribera que le pareciera inalcanzable, se quedó contemplando, ancha como un río, la raya turbia que en el calendario de su existencia marcaba una efemérides importante, trascendental.

Como ante un descubrimiento inesperado, él hubiera querido hacer partícipe al taita de la alegría extraña que escarabajaba en su interior. Atrabiliario, hosco, mirando a la criatura desde esa cumbre, quién sabe si no experimentara un cambio en su manera de ser.

En la cabeza quiscuda del Perucho, bajo la piel cruzada de cicatrices que materializaban el recuerdo de los encuentros que se dió al comenzar a caminar por la vida, como producto de una reacción inexplicable, cobrando realidad inmediata en medio del caos de las ideas, la visión del taita, rudo, injusto, desmigajó la alegría.

¿El tata, que a su madre la llamaba, como a las mujeres de la vida, con un calificativo soez?

Incapaz de hacer nada por ella, y ella rendida por el fatalismo, ¡cuánto espectáculo repugnante no contemplaron sus ojitos abismados en medio del cuartujo alumbrado por la vela que hacía sangrar la imagen del Corazón de Jesús y llagaba el insomnio con sus resplandores trágicos!

Presentimientos, o lo que fuera, el muchacho sintió volcarse una infinidad de sensaciones dentro de sí. Placa sensible, cosas que entrevió, imágenes incoherentes, frases vacías de sentido, iban revelándose y tomaban forma.

Su tata, ¡bah!

El Perucho apretó los puños, y poseído de un furor invencible, cruzó la valla, plantándose del lado donde jugaban los chicos.

Grotesco y tozudo, el "Patatas de Alicate" continuaba ensayando la voltereta que él diera en forma tan bizarra. Hijo de oficial que se codea y supera al niño del patrón, hincando una banderola de triunfo, con tremendo desprecio, lo increpó:

—Con los ojos cerrados, ¡maricón!

"Patatas de Alicate", afirmándose sobre sus piernas torcidas de andarín precoz, devolvió el insulto, llamando al Perucho "lava tripas".

Conflicto de clases que en el conventillo, como todos los conflictos, se resolvía violentamente, González cayó sobre el insultador y de una bofetada lo derribó en tierra.

El taita, al fin, era el taita, y ese sapo patichueco, ¿qué era para él?

Zumbona y solapada, la risita que remata al vencido, la risita que busca la simpatía del más fuerte, borboteó de en medio del corrillo:

—¡El matancero!... apesta con la traza e matancero que te gastáis, "chueco"!

Una voz de mujer, agria y fuerte, llamó al orden a los contendores, aplicándole a cada cual su calificativo:

—Perucho, sinvergüenza, Chueco de alfeñique, ¿qué hacen que no se mandan a cambiar?

El grito estridente se perdió en el aire caliente de la tarde.

¿Un sinvergüenza, porque defendía al taita?

Lentamente se fué andando camino del cuarto el vengador.

Y con él iban los amigos del "Patas de Alicate", los que le volvieron las espaldas cuando lo vieron caer.

Cruel, con esa crueldad odiosa y salvaje de los chiquillos débiles que presumen de matones, el prestigio del Patas de Alicate residía en el arte con que atormentaba a las bestias indefensas y hasta a los objetos frágiles.

Los que no se enteraron antes de ninguna de sus bellacadas, comenzaban a reconocerlas ahora, y él comenzaba a ser un hombre, así; ¡un hombre!

Linde de éxitos y fracasos, de miserias y cualidades, el negro perfil de la cequiezuela distendíase largo y recto en medio del patio.

El Perucho, sin mirar a ningún lado, se fué orillando su cauce, hasta que llegó al cuarto, donde la vida fea marca el término de la gloria.

—¡Perucho... Perucho!

Chocando contra las calaminas que recubrían la muralla medianera del conventillo, el llamado resonó muchas veces.

—Perucho... ¡Ohhhh!

## V

Antipatía del momento, más que lo que pudiera llamarse odio, distancia, el Perucho comenzó a recapacitar en su actitud respecto al Chueco, al Patas de Alicate; un chiquillo fanfarrón, orgulloso y de carácter ligero, con el que tal vez procedió en forma un tanto exagerada, humillándolo delante de todo el mundo, exponiéndolo a la befa del conventillo, donde se comentó el suceso durante muchos días, abultando sus proporciones.

Generoso, la conciencia le decía que debía perdonar. Era insensato y torpe que por una diferencia tuvieran que estarse siempre mostrando los colmillos, como el perro y el gato, dos muchachos nacidos bajo un techo común, dos muchachos llamados a entenderse entre sí para realizar la aventura del porvenir.

Hijos de padre de profesión estable, que el uno estuviera en un peldaño más alto que el otro, no tenía mayor importancia.

En ese nidal de chismes que era el conventillo, los hombres y las mujeres armaban sus trifulcas y se reconciliaban con una facilidad asombrosa, endulzando las asperezas del pasado con un trago largo, que servía para reforzar los lazos de simpatía y reconfortar la amistad.

Con sus humos de superioridad, en el fondo el Chueco no era un mal muchacho, y luego que sabía un montón de cosas que él ignoraba.

Un emisario del ofendido preparó el terreno:

—Dice el Chueco si todavía estoy ajizado con él.

—El Chueco no me importa nada, pa que veai—contestó taimado el Perucho.

Pero se hallaron, mano a mano, en una de sus correrías habituales a lo largo del patio vasto y misterioso, y sin que ninguno quisiera reconocer quién rompió el fuego, se reconciliaron.

—Dios los cría y el diablo los junta — glosó una vecina, pronosticando que de esa alianza no saldría nada bueno.

¡Cosas de mujeres!

Separados del grupo, sin preocuparse de lo que pudieran pensar los demás, que vieron en el Perucho algo así como una traición, reiniciaron sus correrías.

Patatas de Alicate poseía una honda con la que apuntaba a los murciélagos que a la caída de la tarde escapaban desordenadamente por entre la juntura de las tejas, donde tenían el nidal. En una ocasión, cogió a uno de esos pájaros luctuosos y ridículos, clavó con un alfiler la punta de sus alas sobre el muro y después de emborracharlo con un cigarro, lo despanzurró.

—No seáis salvaje, Chueco.

—¡Bah! Tanta cosa porque uno mata un pájaro del Diablo respondió el chiquillo, que creía a pie juntillas en la procedencia infernal de esas ratas aladas que anidaban en los viejos aleros.

Hondero y discípulo, vagaban del brazo por el patio amplio, cuajado de misterios, de sinuosidades y de baches que con el calor, exhalaban un olor a ciénaga terrible.

Con la curiosidad malsana del pervertido precoz, Patas de Alicate, que ya comenzaba a picar en el terreno de la inquietud sexual, un día arrastró al Perucho hacia un rincón donde se había construido una mirilla secreta que le permitía observar lo que hacían los ocupantes en la intimidad del retrete.

Presa de un miedo vago, al principio; envalentonado después, Perucho acostumbó el ojo a esa penumbra humedesciente, y con un interés grande llegó a enterarse de una serie de secretos alborotadores.

Chiquillo que nació con los ojos abiertos a la fea realidad, que conocía las desnudeces de la vida y jugaba con la ruindad de las palabras con una naturalidad familiar, experimentaba un goce especial, una nerviosidad extraña delante de las mujeres que se recortaban en la penumbra en posturas grotescas.

Barricada obscena, triste barricada, su conquistador comenzaba a inquietarlo, a perturbar sus sueños.

El Chueco, implacable desvalijador de secretos ajenos, abriéndose camino a la plenitud que cerebralmente ya tenía conquistada, le contó barbaridades de una pobre muchacha a la que vio rodar él, "con estos ojos", según afirmó con una mueca turbia.

Habladurías acaso: el Perucho ya sabría enterarse de la verdad.

Vagando arriba y abajo, el cuarto se convirtió en dormitorio, en guarida donde reposaba su fiebre de chico insatisfecho cuando la noche lo corría a lo largo del zaguán con sus sombras sobrecogedoras, frías; sus gritos, su vagar de siluetas tambaleantes.

Patas de Alicate propuso que formaran una sociedad, y él, que no sabía lo que era una sociedad ni alcanzaba a comprender qué beneficios pudiera atraerle, para que no dijeran que no era hombre, aceptó.

Ajeno a toda noción de solidaridad, la idea de echarse juntos a correr tierras, no le pareció mal, en principio.

Fuera del patio grandote y una que otra salida con su madre hasta la verdulería de enfrente, no conocía nada.

Con sus incomprensibles desigualdades, la vida del conventillo era dura, hostil. El gringo de la cantina, que pagaba patente, y las mujeres de la vida, que pagaban el

derecho a enfermar a medio mundo, podían hacer el ruido que se les diera la gana; pero si ellos, acuciados por la necesidad, se iban á la calle y alborotaban demasiado o encumbraban volantines, la policía los llamaba al orden, y a casa.

Establecida la sociedad, rayando el alba, una mañana se lanzaron al Matadero.

Para el Perucho, espíritu vehemente, que soñó como una de las tantas conquistas difíciles, la de la ciudadela pintoresca, aquello fué una revelación, un motivo de estupor.

Mar oleaginoso, montón de cosas lindas, derroche de colores violentos, el gentío y su estruendo lo deslumbraron.

—Aguaita, ¡oh! Mira, ¡oh!

Hasta los cuajarones de sangre vagueante tenían su belleza, su fondo de atracción. Del pabellón de los lanares—unos animalitos pacíficos que degollaban las mujeres, los chiquillos, con una crueldad inconcebible, una torpeza repugnante—pasaron al de los porcinos, cerdos gordos y solemnes que chillaban de una manera desesperada cuando asomaban la trompa por el zaguán resbaladizo de la muerte.

Chiquillos famélicos, prendidos a la pretina de las mamas, lloraban cuando éstas los obligaban a beberse el tazón de sangre de cordero recién degollado que prescribiera el médico primitivo.

—Esto es una lesera; vamos pal lado de los vacunos, propuso Patas de Alicate, a quien el espectáculo de la muerte alevosa de las pobres bestias menores dejaba frío.

Hediendo el aroma de la hierba del potrero, los puebles bueyes tenían una actitud trágica cuando se enfrentaban con el charco de sangre de la última bestia sacrificada.

El chirrido de la polea que los empujaba hacia su fin lamentable, vibró destempladamente en los nervios del Perucho que los viera asomar, resignada la pupila, silenciosos, en medio de la puertecilla donde resbalaban como una masa pesada, entregándose al estilete que repercutía con sequedad al clavarse en medio del testuz. Una mirada vacía y doliente flotaba entre el chorro de sangre que hacía saltar el matarife al hendir la cuchilla en la profundidad del corazón.

Patas de Alicate lo asió por un brazo:

—Mira al viejo onde está—dijo barruntando la misma intención torpe de cuando se fueron a las manos.

Socios, amigos, el Perucho disimuló el malestar que fundieran las palabras del muchacho.

Gamboa podía ser el patrón; pero era un patrón rechoncho, gibado, demasiado rollizo.

¿En cambio el taita?... Agil, alto, cobrando unos relieves insospechados, Perucho lo miró erguirse como un personaje fabuloso sobre un montón de entrañas todavía palpitantes.

Observando al padre desde ese ángulo, el chiquillo sintió una admiración sincera por su padre, tan diestro y fornido, tan hombre. Hubiera querido, brazo a brazo con él, compartir su cansancio, los peligros de la faena.

Pero don Ala no reparó en la presencia de los intrusos, y el Perucho, humillado, lo justificó diciendo que era su modo así.

Entre los puestos del mercado, las mujeres revoloteaban de un lado al otro, regodeándose, sospesándolo todo, apechugando bizarramente las galanterías un tanto procaces que llovían sobre sus encantos físicos desde todos los rincones.

El paisaje chillón y los bares con sus pianos enloquecidos aturdieron al pequeño iniciado.

—¿Vis que es lindo, Perucho?

—Harto no más — balbuceó él.

El sol planchaba las calles vibradoras y alegres.

Caminaron un largo trozo, sintiendo quemar bajo la planta de los pies el asfalto blanduzco.

En un recodo de la acera, el Chueco, que iba delante, se volvió para ofrecerle un racimo de uvas pintonas.

—Y ¿de ónde, viejo?...

Patas de Alicate se sacudió los hombros.

—De un puesto de por ahí, no más — dijo.

—¿De un puesto?

El Perucho siguió andando y no preguntó más.

De un puesto... en fin.

Mirando hacia donde brillaban los rieles del ferrocarril de circunvalación, un trozo de campo sucio y enmalezado de desperdicios despertó en él el deseo de correr.

—Camina, viejo — apremió el Chueco.

Y el Perucho, vuelto ahora del otro lado, divisó el conventillo y echó a andar.